Miércoles, 20 de Octubre de 1937

mundo gráfico

AÑO XXVII
Número 1355
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

40

Valencia y la guerra

La mujer, auxiliar del hombre en la guerra española, trabaja activamente en centenares de talleres.

Algunas de esas muchachas valencianas que, junto con otras compañeras evacuadas de Madrid, están trabajando intensamente en los talleres de la capital levantina

(Fots. Vidal Corella)

En toda Valencia, la mujer trabaja activamente en los múltiples talleres.

No sólo la producción es extensa en material bélico, donde trabajan millares y millares de muchachas. También en los diversos organismos y las variadas industrias se produce extensamente.

Escojamos al azar este taller de estuchado de azúcar y purés, para ver, en corta visita, el nervio y la energía en la producción de retaguardia.

Veamos este grupo de muchachas en este grupo de mesas. Son treinta mujeres trabajando. Hay una responsable, que contesta sin vacilación a nuestras preguntas:

—El trabajo nuestro es el de estuchar el azúcar con destino a cafés, bares y hoteles. Como se ve, se coloca la medida exacta de azúcar en los cartuchos y se cierran. Cosa que se hace con rapidez suma. Después se van colocando los cartuchos en las cajas; en cada una de ellas cabe un millar de cartuchos. Nosotras producimos, como término medio, sesenta cajas diarias. Producción no sólo para Valencia, sino para Madrid también.

Amparo Velasco, morena y guapa, desde luego, como lo son todas las chicas de las que es responsable, indicando otro grupo, sigue su labor informativa:

—Esta es la sección donde se empaquetan los purés de todas clases que vende el comercio. Esta es fija. Nosotros compaginamos los días en que el azúcar falta, aunque, afortunadamente, son breves los intervalos, con el estuchado, también, de chocolate.

—¿Estas secciones son creadas ahora?

—Todo proviene de varios almacenes de estuchado de azúcar que existían en Valencia. Pero las dificultades surgidas en los primeros meses de la guerra pusieron en trance de cerrar sus puertas estos almacenes. Entonces fué cuando, ante el peligro de quedar sin trabajo gran número de mujeres, el Sindicato Provincial de Trabajadores del Comercio (U. G. T.) creó, en la Sección de Alimentación, los talleres de estuchado de azúcar, necesario para la industria hotelera y cafetera.

—Entonces, todas las que aquí trabajan son las que procedían de aquellos almacenes.

—Más las que han venido ahora. Estas tres muchachas que usted ve allí son evacuadas de Madrid. Pertenecían a las Juventudes Socialistas Unificadas. Llegaron a Madrid, procedentes de otros pueblos que actualmente se hallan en poder de los facciosos. Allí están los familiares de estas mujeres. Aquí, en Valencia, ellas ingresaron en el Sindiato, y ahí las tiene trabajando con un ánimo y un espíritu ejemplares.

—Y veo que se trabaja con suprema alegría. Cantan y ríen sin parar.

—Es el trabajo. Yo creo que así producen más.

—¿O será esa alegría porque va a sonar la hora de salida?

—No. Porque, aunque finaliza el trabajo, la mayoría de ellas se quedan.

—¿Horas extraordinarias?

—Sí; pero es para aprender a leer y escribir. Antes, las mujeres nunca encontrábamos apoyo ni aliento para aprender la más elemental enseñanza. Ya de por sí avezadas al trabajo y a la casa, nunca pudimos más que apenas aprender a leer y escribir. Algunas, con dificultad. Pero al iniciarse el cambio, las que siempre fuimos explotadas, sin que se nos cuidara espiritualmente, sentimos la necesidad de beber en fuentes de cultura y saciar la sed que de ella teníamos. A tal idea se creó una pequeña escuela en este mismo taller, y cuando el trabajo se termina, durante una hora exacta, se dan clases, donde, después del trabajo del día, sin reparar en el sacrificio, acudiendo alegremente después del esfuerzo cotidiano, encuentran auxilio espiritual las que nunca lo tuvieron. Es el camino de la nueva vida.

FAUSTO LAMATA

La leña para los hogares de la retaguardia madrileña
(Fots. Videa)

ANTE OTRO INVIERNO DE GUERRA

EL CARBON QUE NECESITA MADRID

De cara a otro invierno de guerra, la población civil madrileña—para la que el taller, la oficina, el laborioso tráfico callejero, son todavía líneas de combatientes afluentes en un corto curso a los más avanzados parapetos—ve plantearse gravemente el problema del aprovisionamiento de combustibles. El flúido eléctrico para la alimentación de hornillos y estufas puede atenuarlo hasta donde alcance la capacidad de producción.

Pero por su carestía y porque esa producción está limitada, Madrid, el Madrid civil—que está viviendo la guerra y muriendo en la guerra con un sentido de sus obligaciones sociales y de su responsabilidad nacional que admite las comparaciones con el Madrid militar de las trincheras—necesita leña y carbón.

Una necesidad difícilmente satisfecha hasta ahora , pero a la que habrá que atender hasta donde las circunstancias de cada día, dilatadas por los esfuerzos de las mejores voluntades al servicio del abastecimiento público, lo consientan.

Los hombres que traen el carbón a Madrid

Esas voluntades—mejores— se agrupan en el Comité de Abastecimiento de Combustibles de Madrid, Sección Carbones, en el que coinciden las organizaciones de Mozos de Transporte de Carbones y de Dependientes de Carbonerías, que separadamente buscaban ya solución al problema desde los primeros momentos y que, obedientes a una proposición de la Ejecutiva de la Casa del Pueblo, unificaron sus trabajos en el mes de Marzo, cuando la escasez era más absoluta, para llegar al sostenimiento de treinta y nueve despachos abiertos en la actualidad. José López Castro, presidente de la Sección de Mozos y hoy presidente también del Comité; José Cabezas, secretario del Comité y afiliado a La Emancipadora, la organización de dependientes de carbonerías, adscrita a la U. G. T.; el tesorero, Remigio Durán, y los vocales Gomesindo Pérez, Nicomedes Chamorro, Julián Hernán y Agapito Gascón, han llevado para ello al cumplimiento de las obligaciones de sus cargos un concepto *stajanovista* del trabajo o un sentimiento del deber sindical más allá de los compromisos estatutarios, que se revela ventajosamente en los resultados de su actuación; pero que ellos mismos saben insuficiente para las necesidades de combustible madrileñas.

—Con las restricciones del consumo que impone una guerra, Madrid puede ser abastecido de combustible en este invierno—dice José López—. Hasta donde se extiendan los límites de la España leal llegamos, en relación directa de trabajador a trabajador, a los campesinos, a los hombres del campo, los que si dejamos el trabajo del campo por el trabajo de la ciudad, no olvidamos que fuimos campesinos también. Así podríamos atender al abastecimiento de combustible de la población madrileña. Con leña, para lo que solamente bastaría con que se nos prestasen los medios de transporte de que carecemos hoy. Con carbón, si se nos autorizara a llevar a los montes compañeros nuestros que realizaran los trabajos de la quema que hoy no se hace porque la corta de leña es para el campesino más productiva. Con nuestros propios recursos hemos venido, hasta ahora, cubriendo aquellas demandas de mayor urgencia. Estos treinta y nueve despachos de leña, carbón de piedra y carbón vegetal, según podíamos hacer provisión de una o de otros. Cinco serrerías de leña trabajan constantemente con nosotros para el servicio de la población; pero estos recursos nuestros, aprovechados hasta donde no podía esperarse de su capacidad de rendimiento.

Cómo se realiza el transporte de combustible

José Cabezas, el secretario del Comité, va explicando, como un complemento de las palabras del presidente, cuáles son actualmente estos recursos.

—El Comité trabaja para el transporte de combustible a Madrid tan sólo con camiones; de ellos, dos de tres toneladas, con los que ponemos en nuestros depósitos hasta mil toneladas al mes. Y es curioso el origen de estos vehículos, todos ellos llegados a nuestro poder averiados, reconstituídos por nosotros con piezas de otros coches inútiles.

Pero de los camiones hay uno —un «Saurer», de siete toneladas—que tiene también su aventura heroica.

—... Se hallaba ya prestando servicio para el transporte de combustible —cuenta Cabezas—cuando el enemigo emprendía uno de sus más duros ataques a Madrid. Y en una carretera batida se nos quedó, mientras avanzaba el ejército rebelde. El «Saurer» cayó entonces en su poder. Luego, en un contraataque de nuestras fuerzas, lo rescatamos. Pero en un estado casi de invalidez. Estaba acribillado por la metralla. Ahora, después de una reparación difícil, corre otra vez por nuestros caminos.

Y es que ese «Saurer» parece la materialización del ideal humano de estos trabajadores que en un Comité de severas responsabilidades atienden a resolver a la población madrileña uno de sus problemas más graves. Casi sin fuerzas, de su voluntad de victoria, extraen cada día energías multiplicadas en una admirable movilización. ¡Que sobre todos nuestros caminos rueden muchos «Saurer» como ése—y muchos hombres como estos trabajen en los Comités—, y habremos resuelto el problema del abastecimiento de combustibles y tantos otros problemas que aún no hemos llegado a resolver!

José ROMERO CUESTA

LA MUJER QUE FUE MADRINA DE CUARENTA REGIMIENTOS

Había llegado a reunir ciento cincuenta mil cartas de combatientes

Hace poco, el nombre de María Sautet volvió a la actualidad. Para muchos aquel nombre era desconocido. Para, otros surgía desde la sombra, tras un largo paréntesis de olvido, en busca de la romántica popularidad de hace unos años.

La invasión

1914. La guerra. La invasión sobre los campos de Bélgica y de Francia. De los cuarteles franceses millares de soldados marchan a diario a combatir por la patria. Camiones, en hileras interminables, por los caminos.

Desde que la guerra estalla, María Sautet vive sólo para la guerra. Vibra ardientemente su corazón de mujer y de francesa. A partir de los primeros combates decide consagrar todo su fervor y toda su fortuna a los hombres que están dando su vida por la patria. El capital de María Sautet es importante.

Son los días heroicos de los *poilus* y de la *Madelón*. Los zepelines, sobre París. Minas y contraminas, guerra de topos, ríos que adquieren una sangrienta celebridad—el Mosa, el Marne...—. Mientras la guerra desenvuelve los episodios de su film trágico, María Sautet trabaja activamente por los soldaditos de Francia.

La obra admirable de María Sautet

A lo largo de la guerra envía más de millón y medio de paquetes a los combatientes. Cuarenta regimientos la nombraron su madrina. Gastó para los soldados de Francia más de seis millones de francos.

Fué nombrada Caballero de la Legión de Honor. El Gobierno de Bélgica la concedió la Orden de Elisabeth. Fué comandante honorario de los Cazadores de a pie. Le fué concedida la medalla de Verdún. Soberanos, ministros y generalísimos la felicitaban constantemente.

Mas sobre todos estos honores oficiales había algo que para ella significaba mucho más: las cartas que le llegaban del frente. Cartas emocionantes de soldados, con toda la emoción áspera y viva de las trincheras. Cartas de gratitud, escritas por los *poilus* mientras sonaban cerca los cañones.

María Sautet guardaba amorosamente todas aquellas cartas. Formaban enormes montones en las habitaciones de su casa. Eran ciento cincuenta mil.

El olvido

11 de Noviembre de 1918. El armisticio. Han sonado los últimos tiros. Y cuando acaba la guerra, María Sautet está ya sin un franco. La contienda se ha llevado toda su fortuna. Pero ¿qué le importa? Su dinero se convirtió —nunca mejor destino—en alegría para los hombres que daban su vida en los campos de batalla.

Su nombre y su popularidad se fueron apagando. Se esfumó su figura, como la de tantos héroes que la guerra hizo brillar. Se dejó de hablar de aquella mujer admirable. Vendió su casa, vendió sus muebles. Vivía con lo indispensable, nada más. Y lo indispensable eran para ella sus recuerdos.

La vida se le mostraba cada vez más dura. Un día se vió sin nada. Tuvo que acogerse a la caridad oficial, e ingresó en una residencia para viejos, sostenida por el Municipio de París. Allí, un año, otro, otro, viviendo una vida apacible, monótona y melancólica.

Hasta que un día—hace poco—un peridista la encuentra y la reconoce. ¡María Sautet! ¡La del nombre que un día amó toda Francia! Se recuerda por todos lo que ella significó en la guerra. Y así, merced a este reconocimiento emocionado de ahora, María Sautet podrá acabar su vida dignamente, como lo merecían su fervor, su ternura y su generosidad: todo lo que ella puso incondicionalmente al servicio de Francia.

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

¡Un jefe!

CINCO días de continuo combate. Eran aquellos días dramáticos de Noviembre, cuando el enemigo se obstinaba en forzar los caminos de acceso a Madrid. Desde el amanecer se luchaba con furia. Los muchachos de la Columna Internacional no cedían. Cada uno en su puesto, estoico, tranquilo, cumplía la consigna: «¡No pasarán!»

En el sitio más peligroso de la línea defensiva, donde apenas había hecho un esbozo de trinchera, me quedaban sólo once hombres. El enemigo los batía incesantemente con sus ametralladoras. Nuestros hombres, sin dejar de disparar, me miraban de reojo. Yo comprendía la muda interpelación de sus ojos. Verdaderamente, la situación era por momentos insostenible.

Dejé el mando de aquel resto de mi compañía a cargo de un soldado, y me fuí a ver a W., el jefe del batallón. Lo encontré al lado del teléfono y con sus prismáticos en la mano.

—W.—le dije—: necesito urgentemente refuerzos.

—No los tengo—me contestó—. Lo único que puedo ordenar es un corrimiento de fuerzas desde tu flanco derecho. Estamos dispuestos a no ceder mientras nos quede un hombre disparando.

Aquel hombre, menudo de cuerpo y ya nada joven, hablaba con energía contagiosa. Sólo le noté un ligero temblor de labios. Se sentó, mejor dicho, se dejó caer en una piedra, y entonces pude ver que tenía en la pierna izquierda una gran mancha de sangre.

—W., estás herido.

—Ha sido un rasguño nada más.

Le miré la pierna. Tenía dos balazos atravesándole el muslo.

—Debes evacuarte inmediatamente—le dije—. Yo tomaré el mando...

W. sonrió con dulzura.

—No—contestó—. Yo permaneceré aquí. Esta lucha tiene demasiada importancia para dejarla mientras nos quede un aliento. No hay que reparar en pequeñeces. No es por ti ni por mí, ¿entiendes? Es por todos los hombres del mundo que quieren ser libres. Vete a tu puesto y no te preocupes por mí...

Le di a W. un apretón de manos y me fuí a recorrer la línea.—S. Z. *De la Brigada Internacional.*»

Antes de que se pase

«Todos los días, sobre la hora del rancho, cañoneaban los facciosos aquel pueblecito en primera línea de fuego. Y todos los días, el camarada Bonifa, veterano cachazudo a quien no alteraban las explosiones, se zampaba algún guiso que los reclutas novatos dejaban para guarecerse en las chavolas.

Aquel día, el camarada Bonifa, que andaba sin rumbo por el pueblo, quedó estupefacto al ver que ponían sobre una mesa una gran sartén, en la que, acabada de apartar de la lumbre, se recocía un estupendo pollo con arroz. La boca se le hizo agua sólo de verlo.

Mientras, un sargento y dos reclutas se sentaban a la mesa. Estaban discutiendo sobre los emboscados y los que se evaden. Y el sargento, muy enérgico, decía:

—En eso no hay que tener contemplaciones. Yo, si me diera cuenta de un solo caso, antes de que fuera a pasarse..., ¡no sé! ¡Me lo comía!

Empezaron en este instante a caer los primeros obuses, y los reclutas se fueron en busca de los refugios, lo que aprovechó Bonifa para darse el hartazón más grande de su vida.

Disponíase a marchar, lleno de satisfacción, cuando apareció el sargento.

—¡Ah, granuja! ¡Ya te pillé! ¡Nos has dejado sin arroz!

Y el Bonifa, muy sereno, contestó cachazudamente:

— Mi sargento: Yo no he hecho sino lo que usted dice que haría: antes de que se fuera «a pasar»..., ¡me lo he comido!—J. SÁNCHEZ ALFOCEA. *Sector de Seseña.*»

Comprensión

«Era una de esas noches obscuras y frías de los frentes, en las que hay que redoblar la vigilancia, porque son propicias a las sorpresas.

Haciendo la ronda de vigilancia un sargento, encontró en un parapeto a un soldado, que con el fusil cogido y bien tapado con su manta se había quedado dormido.

Procediendo con gran cuidado, el sargento le quitó el fusil y dos bombas de mano del cinturón, y abrochándose el capote, se puso a hacer la guardia por el soldado.

Despertó éste, y todo asustado, dándose cuenta de la falta cometida, empezó a disculparse.

El sargento le atajó seriamente:

—No digas más. Has estado tres días de combate y no te has portado mal. Si quieres, sigue durmiendo. Pero como este puesto de ningún modo puede estar abandonado, yo seguiré vigilando por ti el tiempo que te falta de guardia.

Ni que decir tiene que el soldado siguió en su puesto. Y al día siguiente nos decía:

—Si el sargento me hubiera castigado como me merecía, por mi falta, no me hubiera llegado tan hondo como la bronca «sin bronca» que me echó. Estad seguros de que a mí ya puede pasarme todo lo del mundo menos dormirme en mi puesto. ¡Antes me pego un tiro!

El ejemplo de los jefes comprensivos hace a los buenos soldados.—FERNANDO ROSADO. *En Belchite.*»

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente, MUNDO GRÁFICO *recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

Historias de nuestra guerra

II

EL SAQUITO DE TIERRA

ERAN días de éxodo. El alud fascista avanzaba por tierras de Toledo. Desde los aviones enemigos llovía metralla sobre los pueblos indefensos. Por los caminos hormigueaban exilados: caravanas lentas y trémulas de seres en cuyas pupilas perduraban reflejos del horror trágico de la guerra.

En carros, las mujeres, sentadas entre los pobres ajuares salvados en la precipitación de la huída; los hombres, al varal; las bestias de labor, cargadas con atadijos de ropas y aperos; a la grupa, los rapaces, en su magnífica inconsciencia, ajenos a la hondura del dolor.

Retaguardia de la caravana. El último carrito, el más desvencijado, el de la mula más flaca y vieja. Un envoltorio de colchones y mantas, algún apero labrador, un capacho con algarabía de aves de corral, una cama desarmada: barrotes de hierro negro, perinolas de metal, flejes de acero para el colchón, lujo de nupcias proletarias en tiempos de la Regencia... Y al filo del carromato, sentada, con los pies entre los atadijos saledizos de la «boca», una anciana con un niño dormido en el regazo.

Detrás del carro, siguiendo sus relejes, arrastrando los pies, un viejecito enteco, apergaminado, pero aún erguido, fino y duro como un sarmiento.

Una voz a la mula, que se detiene. Un breve descanso del viejo, que se sienta en el pretil de un puentecillo sobre una hondonada.

El azar me trae por este mismo camino, de regreso de una excursión informativa a las líneas de vanguardia, donde las Milicias populares se baten desesperadamente, con una inferioridad material que ni el máximo heroísmo basta a compensar.

Se detiene nuestro coche también en el puentecillo, al que prestan sombra unos esbeltos álamos copudos. El ofrecimiento de un cigarrillo es buen pretexto para hilvanar diálogo con el viejo. Una nube de tristeza encristala las pupilas del labriego.

—Ahí—nos dice señalando al carro detenido a tres pasos de él—va cuanto me queda en la vida. Mi mujer y mi único nieto... Un hijo me quedaba (el padre de este chaval) y se enroló en las Milicias. Lo mataron frente al Alcázar, hace un mes... Si yo no tuviera ya setenta años, también hubiera estado allí...

El viejo está sentado, y sobre sus piernas sostiene un saquillo, lleno hasta la boca, que su mano izquierda aprisiona con cierto ademán que diríase de codicia. ¿Qué portará el viejo en este saco que no ha querido dejar en el carro?

—Se creería que llevo aquí un tesoro, ¿verdad? Para mí lo es. Y, sin embargo, mira.

Y desata con cuidado el saquillo. Está lleno de tierra.

—¡Es tierra! Cincuenta años, día por día, viví trabajando un campo de cuatro «cuerdas»; total, nada: un pedazo que ya mi padre llevó a renta. Yo también lo tuve en arriendo. Era siempre del amo, y tenía que pagarle todos los años lo convenido. No tuve nunca otra hacienda. Cincuenta años trabajé la tierra de que es esta tierra. Me dió sinsabores y quebrantos. En los años malos dejé en ella, sin fruto, mi sudor. El amo cobraba siempre igual. Pasé hambre, tuve hijos, los crié, los vi marchar, los vi morir... Me quedé solo con la vieja. Cuando estalló la guerra, «el amo» huyó del pueblo. El Sindicato de campesinos me dijo un día: «La tierra es del que la trabaja, y ésta es tuya. Te las has ganado bien, la has pagado de sobra en cincuenta años de trabajo.» ¡Si lo sabría yo! ¡Sangre mía hay en cada palmo, en cada terrón! Creí volverme loco de contento. El sueño de toda mi vida se hacía verdad. ¡La tierra, mía! Era feliz; ya podía morir...

Se nubla el rostro del labriego.

—Y ahora, «ellos» que vienen. Había que huir. Nos quitarían la tierra y la vida... Yo no quería moverme de allí. Pero había que obedecer. Cogí lo que pude, lo que cabía en el carro. Y todavía, cuando ya caían en el pueblo las balas de «ellos», volví a «mi pedazo» y cogí este saquillo de tierra... Es mía, mía... Tiene cincuenta años de mi trabajo, toda mi vida. Esta no me la quitarán. Donde vaya, irá conmigo. Me ha costado mucho ganarla... Ya soy viejo, y no sé si alcanzaré el día en que pueda volver a recuperar «mi tierra». Sé que «ellos» no la van a tener siempre. Pero ya le he dicho a mi compañera: «Si me muero por ahí, lejos de «nuestra tierra», tú encárgate de que el primer puñado de tierra que me echen encima sea ésta, «la mía». Y para eso la llevo. Me lo he mercido, ¿verdad?...

JUAN FERRAGUT

La voz debida al heroísmo

"De un momento a otro" de Rafael ALBERTI

Otoño de 1936.—Rafael Alberti, acompañado del escritor soviético Erhenburg, en nuestras posiciones de la Sierra

Se le debía a la gesta gloriosa de Madrid, al heroísmo de nuestros soldados, una voz emocionada de poeta—de gran poeta—que los cantara. En las propias trincheras, el pueblo mismo, gran poeta para el romance popular que da la vuelta a todas las esquinas de España, sin etiqueta de autor, decía su emoción con palabras entrañables en el diálogo de los descansos o en el grito de color y de ideas de los periódicos murales. Ahora, el gran poeta de siempre, y hoy más poeta que nunca, que es Rafael Alberti, acaba de unir su voz a la voz múltiple de los que cantan en los parapetos el heroísmo de los soldados de la República. Por estos días ha visto la luz de los escaparates su libro *De un momento a otro*, poesía e historia que alcanza un ciclo emocional del poeta —1932-1937—, coincidente con el lustro de más alto interés social de España. Se contienen en él algunos de los poemas escritos a lo largo de este tiempo. Otros han quedado para un próximo volumen, que se rotulará con el título de *El poeta en la calle*. Algunos otros han desaparecido—Alberti lo cuenta en el prólogo—de su casa entre los escombros de un bombardeo.

De un momento a otro contiene cuarenta y cinco poesías, agrupadas en cinco enunciados, que las unen entre sí: «1932-1935», «La familia» (poema dramático), «El terror y el confidente», «13 bandas y 48 estrellas», y «Madrid, capital de la gloria».

* * *

La primera parte está transida de una emoción revolucionaria difícilmente superable. «Un fantasma recorre Europa», y el poeta ve con ojos alegres cómo «las viejas familias cierran las ventanas al viento del Este». La lucha por la tierra, el afán campesino de sacudirse la tiranía de los terratenientes, el afán de los obreros por romper el yugo capitalista y el gesto medroso de los tiranos seculares ante la voz limpia del pueblo, han cuajado en ocho poemas admirables, que van desde la emoción violenta de la España que ya empezaba a despertar hasta la visión del Mar Negro, «el mar-escuela, discípulo de Lenin y su estilo».

Luego, el índice dramático de la vieja familia a la española, en ese punto agonioso y en declive de los que quieren conservar viejos esplendores y soberbias de los días opulentos. La voz entrañable del hombre que ha roto los prejuicios y lanza su voz ronca con acento del día sobre los oídos temblorosos de la hermana, sobre la incomprensión de los viejos padres, sobre los familiares burgueses, horrorizados ante el grito imprevisto, que se vuelve empapado en ternuras entrañables hacia los antiguos criados de la casa.

El poema del Mar Caribe es una geografía poética y política de América. Nueva York, con Wall Street entre la niebla; el Estrecho de la Florida, «con una cruz gamada ensangrentando el mar»; el recuerdo nostálgico de la Isla de Cuba de 1900 y la realidad dramática de ahora, convertida en colonia norteamericana; Méjico, «color de hoyo con ramas que se queman»; El Salvador, bajo la tiranía del presidente Martínez; Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Puerto Cabello, islas y puertos del Caribe, Martinica... Viaje emocionado de poeta y de revolucionario por el mar de las barras y las estrellas americanas.

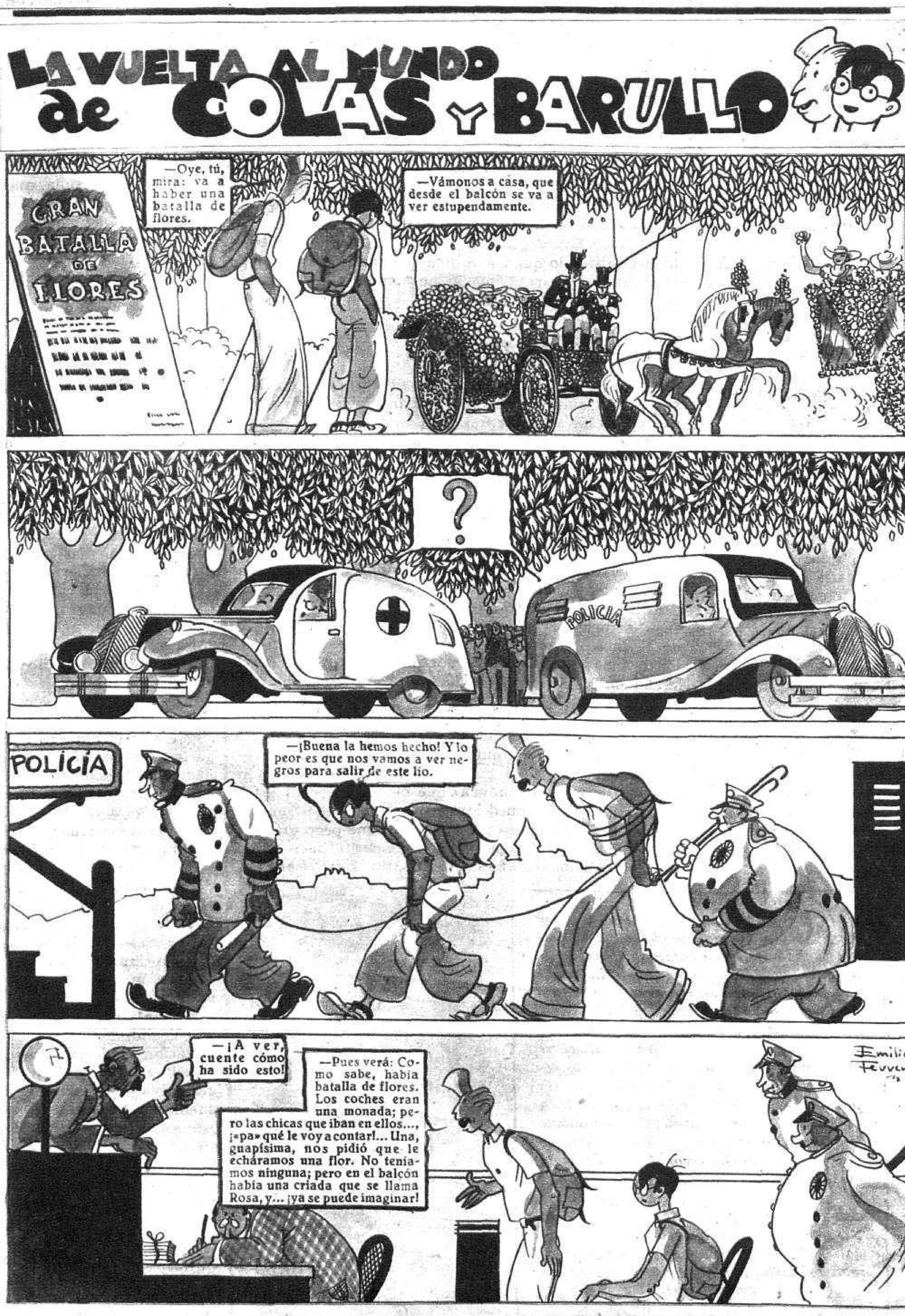
* * *

De América salta Alberti a Madrid, «capital de la gloria», con una docena de poesías magníficas dedicadas a cantar el heroísmo de Madrid y de sus defensores. También incluye en este apartado su *Elegía a un poeta que no tuvo su muerte:* García Lorca. El gesto glorioso de la capital de España está en estos poemas hasta en sus más hondas palpitaciones: las llamas y las explosiones de los bombardeos, los escombros de las casas destruídas, «que todavía representan la escena del mantel y los lechos ordenados»; el heroísmo del general Kleber y de las Brigadas Internacionales, los escenarios de guerra próximos a Madrid, el duro perfil de los campesinos pegados a la tierra y a los fusiles salvadores de la independencia del suelo, los muertos en defensa de la causa de los trabajadores, la aurora y el ocaso del 18 de Julio..., son como otros tantos primeros planos de ese film glorioso que es la defensa de Madrid, grabado por la palabra del poeta en piedra indeleble de poesía pura.

* * *

De un momento a otro es la voz—la mejor voz—debida al heroísmo de Madrid y de nuestro Ejército. Nos viene, como una nueva confirmación de que el arte debe estar al servicio del pueblo, de la pluma de un gran poeta y un gran revolucionario.

ANTONIO OTERO SECO



La vida, el amor y la muerte de "Mata-Hari"

VII (1)

Ana Witing inicia su comedia

La entrevista de los dos capitanes

En el despacho del capitán La Doux, éste y el capitán Chilly hablaron extensamente. Era un paso de gran importancia el haber llegado a conocer la cifra del espía que había descubierto y comunicado aquella noticia. Inmediatamente, el jefe del Contraespionaje francés dictó las órdenes para que fuese encomendado a los agentes que al servicio de Francia trabajaban en Berlín el averiguar, fuese como fuese, el nombre del agente conocido con la cifra «H-21».

El capitán Chilly expuso a La Doux su deseo de dedicarse al espionaje, en colaboración con Ana Witing. Dijo que ésta había sido la que logró aquel descubrimiento, en Lausana.

—Tráigamela usted mañana aquí, a mi despacho—dijo el jefe del Contraespionaje.

En ello quedaron los dos militares.

Una conversación de varias horas

Al día siguiente, por la tarde, Ana Witing y el capitán conde de Chilly están en el despacho de La Doux. Hablan y hablan. La mujer causa en el ánimo del capitán una impresión inmejorable: es bella, insinuante, graciosa, muy femenina, muy inteligente. Puede, efectivamente, ser una excelente espía.

Hablan hasta hora muy avanzada de la noche. El capitán La Doux redacta de su puño y letra una carta. Llama a un ordenanza y se la entrega. Es para *Mata-Hari*, con la orden de que desistiera, por el momento, del viaje a Bélgica, que sólo debería realizar seis semanas más tarde.

—Eso es...—dice Ana Witing, cuando ya el ordenanza se ha retirado—. Yo creo que en seis semanas podrá estar resuelto todo.

Ese tiempo es el que la mujer necesita para realizar una gestión que esa noche queda allí planteada entre los tres. Una gestión de importancia extraordinaria, en la que Ana Witing va a poner a prueba sus condiciones de ingenio y de astucia para el contraespionaje.

Se despiden de La Doux. Ana Witing y el conde de Chilly, del brazo, hablando en voz baja, amorosamente, se pierden por las calles de París, bajo la noche estrellada.

Una tarde de lluvia en París

A consecuencia de aquella orden de su jefe, *Mata-Hari* se ha quedado en París. Una tarde gris, de lluvia y de pereza, un empleado del hotel le pasa una tarjeta. *Mata-Hari* no recuerda la persona a quien pueda corresponder aquel nombre: Ana Witing, de Suiza.

—Bien, que pase.

Entra Ana Witing, con una expresión sencilla, tímida. Viste un traje sastre de una gran sencillez. Habla vacilando un poco, como una muchachita ingenua que da un paso audaz. Empieza a contar quién es.

Mata-Hari la oye atentamente. Hay en Ana una gran simpatía, hecha de candor, de espontaneidad. La muchacha se ha ganado en seguida a *Mata-Hari*.

Cuenta que ha salido hace muy poco del colegio y que no tiene experiencia ninguna de la vida. Está en relaciones con el conde de Chilly. Toda su aspiración es casarse con él. El se lo ha prometido así; pero...

Ana Witing vacila. Se ve que quiere decir algo y que no se atreve. El gesto de *Mata-Hari* es acogedor. La muchacha le es francamente simpática a la bailarina. La anima para que continúe, para que venza aquella timidez.

—Sigue, sigue... Háblame como si yo fuera una amiga tuya de siempre, como si nos conociéramos hace ya mucho tiempo.

Hablan dos mujeres

Y Ana Witing, animada por aquellas palabras, continúa hablando y da a sus frases un suave acento de confesión. La charla se hace confidencial.

Ana cuenta su noviazgo con el conde: cómo se conocieron, cómo es él, dónde y cuándo se ven... Su corazón de muchacha apenas salida del colegio, que no conoce el artificio ni la simulación, se muestra íntegramente ante *Mata-Hari*. Esta la escucha, con un gesto comprensivo, mientras acaricia sus manos.

—Yo quiero—habla Ana Witing—que usted me aconseje, que usted me guíe... Usted conoce muy bien a los hombres, y puede ser ahora mi consejera, mi amiga. Sea buena, hágalo...

Mata-Hari así se lo promete a aquella mujercita que tan confiadamente se ha entregado a ella.

—... El, mi prometido—continúa diciendo—, es un hombre muy distinguido, de una familia brillante. Conoce la vida y ha tratado, desde luego, mujeres muy bellas. En cambio, yo soy una pobre muchacha, una burguesita, una provinciana casi... Alguna vez, mi prometido me ha hablado casualmente de usted. Y a través de sus palabras me pareció como si la hubiera llegado a conocer. Elogiaba su belleza y su discreción. Y esto, que es lo que he oído también a otros hombres, me ha traído hasta usted. Nadie como usted podrá ayudarme... ¿Qué debo hacer para que él me quiera siempre, para que siempre me encuentre agradable y bonita?

Ana Witing representa magistralmente su papel de muchacha ingenua y confiada. *Mata-Hari* la está oyendo encantada, contenta, al mismo tiempo, de poder ser para Ana una consejera sentimental. Siente *Mata-Hari* el femenino orgullo de sus victorias constantes sobre el amor de los hombres. Se abrazan las dos.

—Yo te ayudaré, muchacha—dice *Mata-Hari*—. Te querrá siempre. Lo mereces, por bonita y por buena...

Hablan y hablan. La lluvia golpea los cristales. Insensiblemente, sin que las dos mujeres se dieran cuenta, entregadas al gozo de su amistad naciente, se ha hecho de noche en la estancia.

(Continuará en el próximo número.)

(1) Véanse los capítulos anteriores en los números de MUNDO GRAFICO correspondientes a los días 8, 15, 22, 29 de Septiembre, 6 y 13 de Octubre.

ESCENARIOS DE LA GUERRA
Frente Occidental de Asturias

BLENORRAGIA

(PURGACIONES)

en todas sus manifestaciones URÉTRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUJOS, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta el completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato génito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad

☞ Basta tomar una caja para convencerse de ello. Exigid siempre los legítimos CACHETS DEL Dr SOIVRÉ y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias

Agentes. -- *New-York:* Drug Importing C.°, 179, Adams Street Brooklyn. -- *S. José Costa Rica* J. Carreras, Bazar Paris, Avenida Central. -- *S. Juan Puerto Rico:* J. Combas Peyork, Tetuán, 73. -- *Cuba:* J. Carlos Guasch. Apartado 825 Habana

BARCELONA

Un acto en favor de la unidad

La Delegación de escritores mejicanos

En la casa de Los Amigos de Méjico, de Barcelona, con asistencia del cónsul de aquel país, se celebró hace unos días un acto en honor de los escritores y artistas mejicanos que han llegado a España recientemente

←Un aspecto del Teatro Olimpia durante el acto de confraternidad entre el frente y la retaguardia, celebrado recientemente. En él hablaron varios jefes militares, siendo muy aplaudidos por el público que llenaba la sala

¿Quiere V. crecer 8 centímetros?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad con el grandioso **CRECEDOR RACIONAL.** Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pedid explicación, que remito gratis, y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia.

Dirigirse a D. Joaquín Lloris, Sucesor del Profesor Albert. Pí y Margall, 36, Valencia (España)

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la **Arterioesclerosis** e **Hipertensión**

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: ***dolores de cabeza, rampa o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad***, etc., desaparecen con rapidez usando **Ruol**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países: *suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina;* no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América

¿Por qué padecer?

RECORDAD

CEREBRINO MANDRI

EFICAZ E INOFENSIVO

espectáculos

SALAMANCA

3.ª semana de la graciosísima película

UNA NOCHE EN LA OPERA

Un millón de carcajadas por segundo

Por los hermanos MARX

MADRID-PARIS

3.ª SEMANA de la espectacular opereta

Esto es música

con Jack Hylton y sus "boys"

BARCELO

Grandioso éxito

MARES DE CHINA

PALACIO DE LA MUSICA

La grandiosa producción

Rosas Negras o Un grito de libertad

(El movimiento libertario de Polonia)

por Lilian Harvey

CAPITOL

Grandioso éxito de la formidable película de WILLY FORSTS

Las pícaras mujeres

con Jenny Jugo y Renate Müller

AVENIDA

3.ª semana de la gran película española

Reina Mora

La gran obra musical del maestro SERRANO

RIALTO

15.ª SEMANA de extraordinario éxito

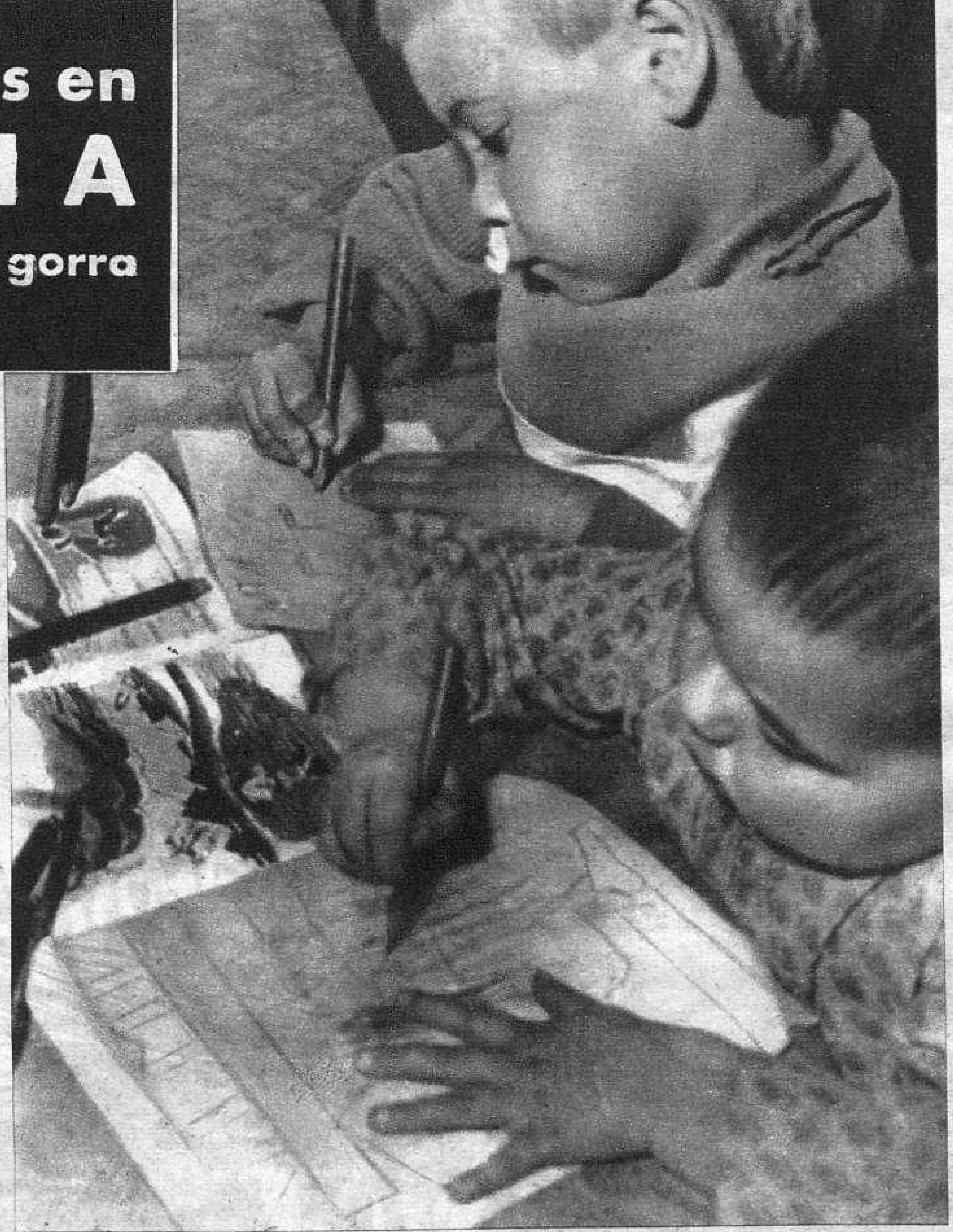
ANGELILLO

Centinela, alerta

FIN DE FIESTA de Mary-Tere

1917-1937 Chiquillos en RUSIA

Aquel chico a quien un profesor quitó la gorra un poco bruscamente...



Los chiquitines rusos aprenden a leer dibujando las letras

La necesidad de atender al niño se ha hecho ya en todos los países un tópico. Mas a pesar de esa exaltación continua, de esa constante literatura en torno a la salud y al alma del niño, lo cierto es que las estadísticas siguen hablando su triste lenguaje incontestable. La mortalidad infantil, la tuberculosis, la desnutrición son todavía fantasmas dramáticos de la infancia.

Pero en Rusia sí se hace una auténtica política nacional del niño. Esto se ha comentado mucho; pero el tema guarda siempre aspectos y detalles inéditos y curiosos. Aspectos y detalles que ahora, bajo esta luz de aniversario, al cumplirse los veinte años de la iniciación de la nueva vida rusa, cobran un más vivo interés.

Las Casas del Niño

Cada ciudad soviética posee Casas del Niño. Las dirigen casi exclusivamente los propios niños. No hay sirvientes en ellas. Hasta en el servicio de la cocina alternan niños y niñas.

Un Consejo escolar infantil rige la gestión económica de la Casa. Pertenece a él, como delegado, un profesor. El Consejo de Profesores propone y estudia los temas pedagógicos. Y pertenece a él como delegado un escolar.

Una norma amorosamente seguida en estas instituciones de formación del niño es la de que el amor propio infantil no debe ser reprimido, sino, por el contrario, desarrollado, estimulado. Para toda esta acción en favor de la formación espiritual y pedagógica del niño se han tenido en cuenta en Rusia las mejores experiencias de la Escuela Montessori y de otras instituciones de este carácter.

La anécdota de la gorra

Un ejemplo de las normas con que se atiende a modelar la espiritualidad infantil en una de estas Casas: El reglamento de la institución, que los mismos chiquillos han hecho, prohibe llevar la gorra en el interior del edificio. Un profesor, sin embargo, encuentra en el pasillo a un chico que lleva puesta la gorra. Se la quita con cierta brusquedad.

El muchacho le mira irritado, dolido.

—¿Qué ha hecho usted? Yo no soy su esclavo. Me ha ofendido usted...

El chiquillo acude al Tribunal del Consejo Escolar. Este se reune para tratar de ello. Son oídos los testigos, y el Tribunal decide. El chico no tenía razón, porque llevaba puesta la gorra, en contra de lo establecido por el reglamento. Se le amonesta por ello. Mas también la actitud del profesor fué incorrecta, porque no tenía derecho a quitarle la gorra al muchacho sin haberle hablado primero.

Los chiquillos escriben

Ernst Toller, el gran escritor alemán, visitó una vez una de estas Casas de Niños. Asistió, en el teatro infantil que había en el edificio, a la representación de una obra para chicos: *Robín de los bosques*. En esta obra hay un bandido a quien los ricos persiguen; no se queda con lo que roba y se lo entrega a los campesinos pobres. Estos, finalmente, bajo el mando de Robín, consiguen su triunfo. La obra, como se ve, tiene una intención política y social, pero sin que nada agrio, ni brutalidad ni matanzas, hiera la vista y la sensibilidad del público infantil a que se destina la farsa.

Cuando Ernst Toller presenció la representación sintió que a espaldas suyas unos muchachos hablaban de él. «Este es Ernst Toller», decían. El escritor se volvió.

—¿De qué me conoces?

—De las fotos que han venido en los periódicos.

—¿Ya lees tú los periódicos?

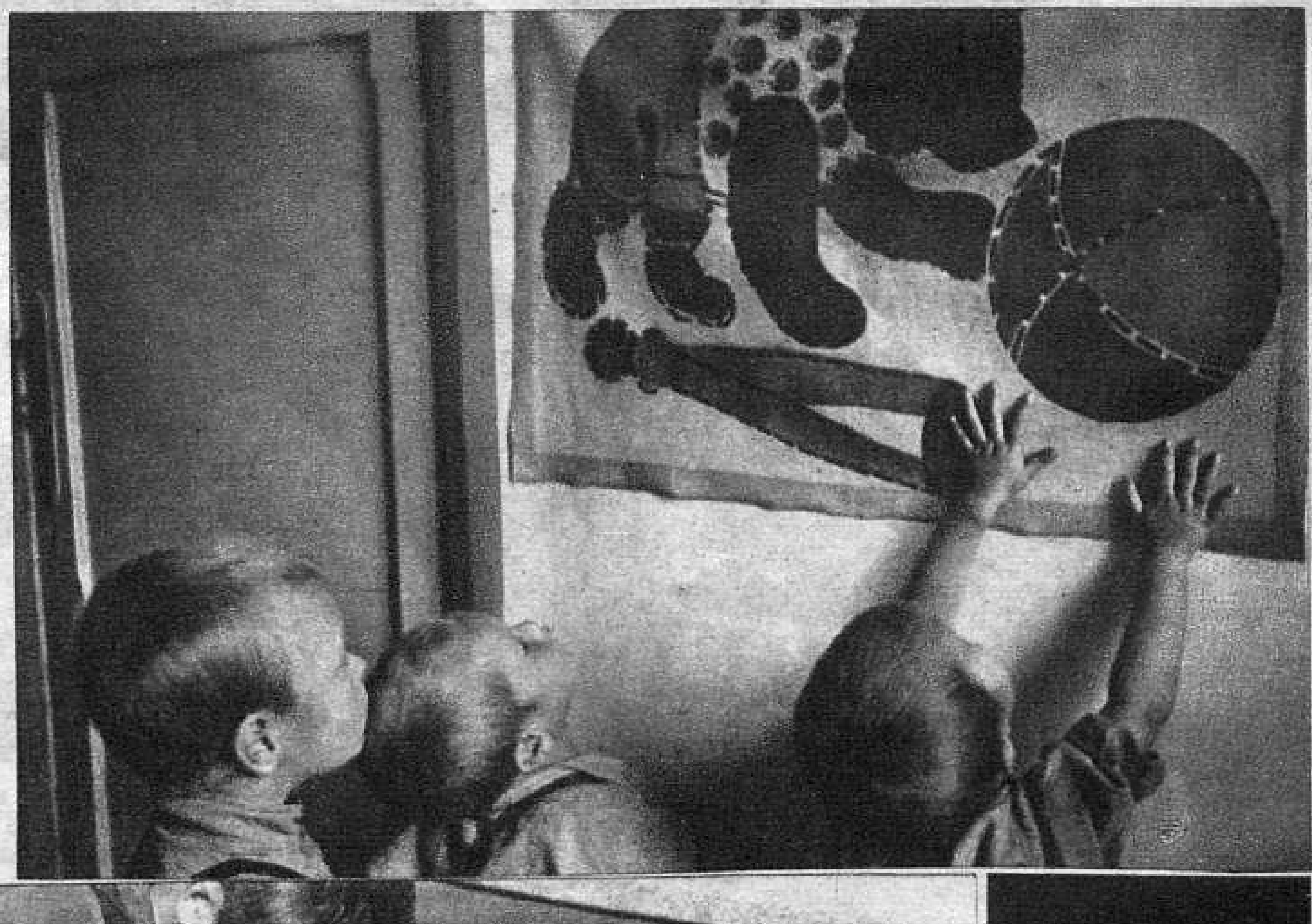
—Es que soy corresponsal infantil.

—¿Corresponsal infantil? ¿Y qué es eso?

—Los mayores escriben lo que opinan sobre las cosas. ¿Por qué nosotros no hemos de escribir también nuestras opiniones?

—¿Y sobre qué escribes?

—Sobre lo que me interesa: nuestra Escuela, nuestro teatro, nuestro club, nuestros profesores, nuestro país. ¿No es todo esto interesante? ¿O tú eres también de los que creen que sólo es interesante lo que escriben los mayores?



Los «chavales» aprenden el arte de la carpintería

En las clases, el aprendizaje tiene para estos chiquillos de Rusia mucho de juego alegre. La escuela ha perdido así toda su vieja severidad, aquel perfil adusto de las clases al modo clásico

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid
(Printed in Spain)